

Rincón literario

A través de los trópicos

Javier Marmier. Colección Austral. Espasa - Calpe, S.A.

El gran explorador y literato francés nace en Pontalier el año 1809 y muere en París en 1892 y dedicó a viajar la mayor parte de su larga vida. Sedentario durante una temporada, fue profesor, bibliotecario y veleidoso político, hasta que ingresó en la Academia Francesa el año 1870. A través de ese vivir viajero y estudioso publicó numerosas obras.

La obra titulada A TRAVES DE LOS TROPICOS es del final de su vida, cuando ya no podía moverse de su casa y trabajaba entre libros y estufas. Es una recopilación de los misterios pintorescos del mundo, y va desde la cordillera de los Andes a la Arabia, a Delhi, a Tebas, a Bengala, a mil sitios más, describiendo el guanaco, los cafres, el árbol del pan, las plantas luminosas y numerosas curiosidades más.

La caoba

El empleo de la madera de caoba no era conocido en Europa hace dos siglos. En 1790 un barco que salía de un puerto de América Central cargó como lastre, a falta de otra cosa, unos troncos, que llevó a Inglaterra. En el puerto de destino quedaron abandonados hasta que un día, por casualidad, un carpintero tuvo la ocurrencia de emplear la madera para hacer un cofre. El trabajo del obrero reveló entonces los vivos colores de la exótica madera, la dureza de su textura, el

brillo de su superficie pulimentada. Pronto empezaron a hacer con ella toda clase de muebles de lujo y, barcos cargados de caoba, llegaron a Europa donde, hasta hacía poco, era desconocida.

El caobo es un árbol espléndido que se desarrolla con tanta lentitud, que durante medio siglo apenas se nota su crecimiento. Alcanza hasta veinte metros de altura y en los bosques vírgenes de Honduras se le puede admirar en todo su esplendor. Pero no se penetra en tales selvas como en nuestros bosques de encinas o de pinos. Con el fin de no hacer al azar inútiles tentativas para

encontrar el árbol maravilloso, en lugares donde es preciso penetrar abriéndose camino con el hacha, se estudia detenidamente el terreno, y es preciso orientarse como si se tratase de una cacería.

Por lo general, los buscadores del caobo forman cuadrillas compuestas de medio centenar de hombres. Uno trepa hasta la copa de un árbol y desde allí mira en todas direcciones buscando aquí y allá, en medio del océano de verdor, algún grupo de caobos, que reconoce por sus grandes dimensiones y por el color amarillo rojizo de su follaje. Una vez que ha descubierto alguno, conduce a sus compañeros hacia el lugar donde se encuentra. El grupo se apresura en su marcha a través de la selva densa, temeroso de que otros buscadores rivales hayan visto también el árbol y lleguen antes que ellos.

Una vez llegados al lugar donde se levantan los caobos y, antes de iniciar sus tareas, los leñadores levantan varias chozas hechas con ramas de árboles y cubiertas con hojas de palmera. Como el trabajo ha de ser largo es preciso, antes de nada, prepararse la vivienda.

Hechos los preparativos, la cuadrilla empieza su trabajo, y mientras unos emplean sus fuerzas hacheando los troncos para apelarlos, otros separan las ramas que, debido a sus matices más variados, tienen particular valor; el resto trabaja febrilmente para abrir a través de la selva un camino que conduzca hasta el río más próximo. Estos trabajos, que se emprenden a mediados de agosto, terminan, por lo general, en diciembre.

En los meses de abril o mayo son transportados los troncos hasta el río en grandes carros de construcción especial, arrastrado por siete parejas de bueyes, y como los días son muy calurosos, el transporte debe hacerse durante la noche, dando lugar a un curioso espectáculo esos enormes carromatos, sus largos tiros, los conductores que gritan haciendo restallar sus látigos, flanqueados por dos filas de hombres con antorchas encendidas para alumbrar el camino en las tinieblas de la selva.

En tal época del año los ríos van muy crecidos a consecuencia de las lluvias, y los troncos de madera que se confían a sus aguas pueden ser transportados con facilidad hasta el punto de destino, conducidos por hombres armados de largas pértigas que les guían en medio de la corriente procurando que no se

El nuevo diseño de nogal italiano con "efecto natural" se llama "Noce Serafino".
Süddecor, empresa vanguardista en el mundo de la impresión,
presenta en Maderalia esta nueva creación, reproduciendo
el contraste de fondo y la nobleza de la madera auténtica.

desvíen de la ruta que deben seguir. Una vez que han llegado a puerto, se cargan en los buques que deben llevarlos hasta Europa, donde se les transforma en esos muebles finos tan apreciados por las personas de buen gusto.

El bambú

De todas las plantas que pertenecen a la familia de las gramíneas, el bambú es la única que llega a alcanzar la altura de un árbol. En las tierras arenosas del Malabar alcanza hasta 22 metros de altura; en la India tiene hasta 25 metros por cincuenta centímetros de diámetro.

Existen varias especies de bambú: el que tiene el tronco firme y compacto como el de nuestras encinas; el del tronco hueco, del que se hace tanto uso en la Cochinchina; el agreste, cuyas ramas espesas, armadas de fuertes espinas, se emplean para formar cercas y empalizadas impenetrables... En las Molucas y en Java el bambú es tan duro que resiste a las acometidas del hacha. Los indígenas hacen con su madera armas temibles, flechas a las que aplican venenos terribles, lanzas de aguda punta endurecida al fuego y que penetran en el cuerpo como si fuesen de bien templado acero.

Con los brotes tiernos del bambú se hace en Malasia un excelente remedio contra el escorbuto; con sus ramas jóvenes se fabrican plumas para escribir, que sustituyen a las nuestras de acero.

Los chinos hacen papel con su corteza.

«Se tritura -dice el padre Du Halde en su Descripción de la China- en agua pura hasta formar una pasta y, una vez que se ha conseguido dar a ésta una densidad determinada, se la coloca en formas o moldes de grandes dimensiones, siendo frecuente ver hojas de papel que tienen tres y cuatro metros en una de sus dimensiones. Luego se sumergen hojas en agua donde se ha disuelto aluminio, que hace las veces de cola. Este es el papel que recibe el nombre de fané, pues fan en chino significa aluminio. Esta sustancia impide que el papel absorba el agua y le comunica un brillo tal, que parece barnizado. Dicho papel es blanco, suave al tacto y compacto; tiene el inconveniente de ser susceptible a la humedad y se le adhiere fácilmente el polvo, lo que lo expone a ser presa de ciertos insectos, si no se tienen con él cuidados especiales».

«Con el bambú -dice M. Jagor- construyen los javaneses sus viviendas, desde sus cimientos hasta las vigas de techo, que recubren con hojas de palmera. El bambú les sirve para hacer su cama, su mesa, sus sillas,

diversos utensilios de cocina y vistosos objetos de fantasía. Con esta planta preciosa construyen puentes, cercas, instrumentos agrícolas y cañerías de irrigación».

La mayor parte de los habitantes de Siam viven a lo largo de los ríos en casas flotantes construidas con bambúes.

El baobab

Es uno de los árboles más grandes que se conocen y también uno de los menos resistentes. Basta un simple arañazo en una de sus raíces para que se pudra y el gigantesco tronco perezca. A veces, sin que la raíz haya sido afectada, el árbol es atacado por una especie de moho que le debilita en tal forma que termina por sucumbir a un golpe de viento.

El baobab es propio del África y, particularmente, del Senegal. Exige terrenos arenosos y húmedos. Su semilla germina a los ocho días de haber sido enterrada, y al cabo de un mes ha producido un tronco de metro y medio a dos metros de altura, que gradualmente alcanza dimensiones prodigiosas.

El naturalista Adanson ha encontrado en el Senegal baobabs cuyo tronco medía 8,75 metros de diámetro. Otro naturalista ha visto un baobab, entre los ríos Niger y Gambia, que apenas podían abarcar 17 hombres tocándose las manos. M. Golbery, en el relato que hace de su viaje por África, menciona otro que tenía más de 32 metros de circunferencia. Para adquirir estas proporciones el baobab debe vivir durante mucho tiempo. Según observaciones hechas por M. Golbery, la circunferencia de dicha planta aumenta anualmente unos 33 centímetros.

El baobab es de gran utilidad para los negros habitantes de estas regiones. Sus hojas, según afirman, atenúan la transpiración, y la infusión de las mismas constituye un remedio para la fiebre. Su fruto es el alimento cotidiano de los habitantes del país, y de la corteza hacen jabón.

Pero el baobab tiene todavía otra aplicación singular. Dentro de las profundas cavidades de su tronco, abierto por la decrepitud de la planta, cuelgan los cadáveres de los individuos que, por actos delictuosos cometidos, no son dignos de ser sepultados en tierra. En esta original tumba los cuerpos se desecan y se convierten en momias.

Los árboles viejos

La edad de los árboles se conoce por el número de anillos que tiene su tronco. A un

número determinado de anillos corresponde, por lo general, el mismo número de años.

Existen muchas leyendas poéticas con respecto a la vejez de estos potentes vegetales. Una es la referente al plátano de Arcadia, mencionado por el historiador Pausanias, que vivió en el siglo II de la Era cristiana, y que según la creencia de los habitantes del país había sido plantado por el rey Menelao cuando reunió sus tropas para la guerra de Troya. Otra leyenda es la que habla de la encina de Mamra, cerca de la cual, se dice, se le aparecieron los ángeles al patriarca Abraham. Una tercera es la del rosal que floreció en la cripta de la catedral de Hildesheim, del que se cuenta que fue plantado en 1081. Pero hay árboles cuya vejez ha sido comprobada sin lugar a dudas. El árbol del alcanfor que existe en Sorrogi, Japón, fue plantado por Siebol en el siglo VII.

Los cipreses de América alcanzan edades muy avanzadas. Los hay que ostentan más de mil anillos. En la provincia de Oaxaca, México, hay un tronco de unos sesenta metros de circunferencia que, según los cálculos del famoso geólogo Lyell, debe de tener más de tres mil quinientos años. El ciprés de Soma, en Lombardía, fue plantado, según la tradición, el año en que nació Cristo.

Los naranjos, los pinos, los tejos y los tilos viven varios centenares de años. El tilo que se ve en la plaza pública de Friburgo, Suiza, data de la batalla de Morat (1476).

En el condado de Kent, Inglaterra, hay un tejo que se remonta más allá de la conquista de los normandos, del reinado del rey Canuto y de las primeras leyendas británicas.

Pero estos viejos árboles no pueden ser considerados sino como adolescentes si se los compara con algunos otros monumentos del reino vegetal, según se verá a continuación.

En el cementerio de Santa María de Tecla, México, hay un ciprés al que el famoso naturalista De Candolle atribuye la edad de seis mil años: la edad del mundo.

En Tasmania, al pie del monte Wellington, vive todavía un colosal eucalipto que tiene, según se dice, la misma edad.

Uno de los árboles más extraordinarios, tanto por su longevidad como por su desarrollo, es el baobab, al que se ha dado el nombre de Adansonia en honor de Adanson, el ilustre naturalista que le ha descrito por primera vez.

Es en el Senegal, donde el baobab se muestra en toda su majestuosa belleza. No se desarrolla mucho en altura, pero su tronco es prodigioso. Goldberg ha visto a orillas del río Gambia muchos de estos árboles no inferiores a nueve o diez metros de diámetro. De tronco tan colosal salen cuatro o cinco ramas que se extienden horizontalmente en forma tal que su conjunto forma una sombra de más de

noventa metros de circunferencia.

Para llegar a tener tales dimensiones el baobab debe vivir millares de años.

Los negros veneran y bendicen su presencia. Para ellos es un árbol providencial. Se alimentan de sus frutos y venden una gran parte de ellos. Sus hojas secas, reducidas a polvo, atenúan la transpiración y calman la fiebre. La corteza les sirve de jabón. El tronco esponjoso se ahueca fácilmente y se llena de agua en la estación de las lluvias, convirtiéndose en un magnífico depósito para los tiempos de sequía. Algunos de tales vastos troncos, sin dejar de vivir, quedan huecos hasta el nivel del suelo. Los negros los convierten en graneros y establos. Una de las tribus de Senegambia ha convertido una de dichas cavidades en sala de Consejo. En ella caben con toda comodidad veinticinco personas.

El «Upas»

Debemos a un naturalista danés, M. Foersch, el conocimiento detallado de este árbol de la Malasia, que destila un veneno mortal.

"Confieso -dice este hombre de ciencia- que por mucho tiempo dudé de la existencia de dicho árbol, del que tantas cosas extrañas había oído, y tenía deseos de conocer por mí mismo lo que había de cierto acerca de él.

En 1774, mientras residía en Batavia al servicio de la Compañía de las Indias, se me presentó una buena oportunidad de satisfacer mi curiosidad y partí con un pasaporte del gobernador general. Llevaba además una carta de recomendación, entregada por cierto sacerdote malayo para un amigo suyo, que vivía a cuatro leguas de la llanura donde crece el Bohem upas. No es posible vivir más cerca de aquellos lugares emponzoñados.

El referido árbol se encuentra a veintisiete leguas de Batavia, en medio de un cinturón de colinas y de montañas. En torno de la planta venenosa, y en un radio de diez o doce millas, todo está desértico. No se ve un árbol, ni un arbusto, ni una brizna de hierba. La habitación del sacerdote a quien iba recomendado se levanta sobre una colina. El es allí el representante del emperador, y son conducidos a su presencia los criminales que quieren hacer una postre tentativa. De él reciben las últimas instrucciones".

El árbol del pan

Es a Dampier, el hábil navegante del siglo XVII, a quien debemos las primeras nociones

acerca de este árbol precioso, descubierto por él en una isla del archipiélago de los Ladrones (Islas Marianas).

"La fruta del pan -dice- se produce en un gran árbol tan alto y tan grueso como nuestros más grandes manzanos. Tiene la copa amplia y provista de numerosas ramas cubiertas de hojas de un color negruzco. Las frutas cuelgan de estas ramas como si fuesen manzanas. Tienen la forma redondeada y están cubiertas por una corteza espesa y fuerte. Cuando está madura es de color amarillento y tiene un gusto agradable. Los naturales del país lo comen como si fuese pan. Lo arrancan del árbol cuando está bien maduro, lo ponen al fuego y la corteza se tuesta y se ennegrece. Se le quita la corteza y la parte de adentro está tierna y blanca como la miga del pan. El fruto no tiene pepitas ni carozo; toda su sustancia es pura y comestible, pero hay que comerlo fresco, pues de lo contrario se pone seco y tiene un sabor desagradable. El árbol tiene fruto durante ocho meses del año, y en ese tiempo los naturales del país no comen otra clase de pan".

Una descripción muy parecida a ésta se lee en la narración del viaje de Anson. Pero es Cook quien mejor nos da a conocer el árbol providencial de Taití y de las islas circunvecinas. "El árbol del pan -dice el célebre navegante- se levanta a una altura análoga a la de una encina de mediano grandor. Sus hojas de forma oblonga tienen de treinta a cuarenta y cinco centímetros de largo y cuando se las desgarran, despiden un jugo lechoso. El fruto tiene el tamaño de la cabeza de un niño recién nacido; su corteza es rugosa y parecida a la de la trufa. La parte nutritiva es blanca como la nieve. Se corta en rajitas y se pone a asar al fuego; así tiene el gusto de la patata hervida. Se hace también con él una especie de pastel poniéndolo en agua o leche, con nuez de coco, bananas, batiendo la mezcla en un mortero".

Durante cuatro meses del año la fecundidad del árbol del pan está completamente interrumpida, pero los indígenas han ideado un procedimiento para poner remedio a este inconveniente. Arrancan parte de las frutas antes de que hayan llegado a su completa madurez, los amontonan sobre un lecho de hojas secas y esperan que fermenten. Entonces sacan la sustancia alimenticia y la ponen en hoyos recubiertos de hojas. Cubren también de hojas la parte superior y sobre ellas colocan pesadas piedras. Aquí fermenta de nuevo y su sabor se hace amargo, pero este inconveniente no es de mucha importancia, y de dicha manera se puede conservar el precioso fruto hasta la próxima cosecha.

Con esta planta tan beneficiosa para el hombre está relacionada una dramática

historia. En 1787 el Gobierno inglés tuvo la idea de enviar una expedición a la Polinesia en busca de semilla del árbol del pan, con el fin de aclimatarle en las Antillas. Un buque del Estado, el Bounty, fue alistado con este objeto y se designó para su comando al capitán Bligh.

Era éste un hombre instruido y un marino experimentado, pero tenía un carácter acerbo, irritable e irritante. Desde el comienzo del viaje indignó por sus rudas maneras a varios de sus subordinados.

Después de una larga permanencia en Taití, y cuando el navío iba ya camino de las Antillas, estalló la conjuración, durante mucho tiempo preparada. Una noche el capitán fue sorprendido en su camarote; lo maniataron y condujeron al puente. Pronto fue lanzada una chalupa al agua y Bligh obligado a embarcarse en ella juntamente con dieciocho hombres de la tripulación que no quisieron sumarse a los sublevados. Por un gesto de piedad, los conjurados pusieron en la chalupa quinta y medio de galleta marinera, veinticinco libras de carne salada, una tonelada de agua, un barril de ron, cuatro machetes, una brújula, un sextante, unas velas, y algunas cuerdas. Luego el Bounty se alejó viento en popa de aquellos parajes. El capitán y sus adictos quedaban así a merced de las olas. Pero Bligh consiguió, tras terribles penurias, llegar a la isla de Timor, en la Malasia, entonces ocupada por los holandeses.

Una vez repuestos de la fatiga de la terrible travesía, los holandeses les facilitaron los medios para retornar a Inglaterra, donde una vez conocida la sublevación se dispuso castigar a los rebeldes. Con este motivo fue enviado un buque de guerra a Taití, a donde éstos habían vuelto después de su hazaña. Catorce fueron arrestados, conducidos a bordo de la fragata enviada para su captura y encerrados en una celda de hierro.

Pero Chistian, el jefe del complot, y ocho de sus cómplices habían desaparecido. En vano se les buscó por todas partes... A pesar de las tentativas que se hicieron para encontrarlos, resultó imposible dar con ellos.

Habían huido con nueve jóvenes taitianas a cuatrocientas leguas de distancia, refugiándose en la pequeña isla de Pitcairn, que no figuraba en las cartas marítimas y estaba completamente despoblada.

En 1814, veintisiete años después del motín, una fragata inglesa descubrió su asilo. Cuantos tomaron parte en la revuelta habían muerto, con excepción del más joven y menos culpable. Pero sus hijos habían formado una pequeña comunidad de gentes honradas y trabajadoras. La isla Pitcairn se convirtió en una colonia de Gran Bretaña.